

cumplido su misión. Evidentemente, ni siquiera sospechó que hacía algo extraordinario al sacrificarse. ¿Y no es también motivo para graves reflexiones la conducta de los que le habían enviado, los que en lo más fuerte de una lucha desesperada habían podido pensar en los tormentos del corazón de un «burgués» desconocido, y se habían tomado el cuidado de tranquilizarle? Verdad es que veinte años más tarde, gentes análogas á ellos incendiaron París y fusilaron á los rehenes; pero, á quien conozca un poco el corazón humano, no le sorprenderán estas contradicciones.

¡BASTA!

I

.....
.....

II

.....
.....

III

.....

«¡Basta!», decláme á mí mismo; mientras que los pies, siguiendo con trabajo y á pesar suyo la áspera pen-

diente de la montaña, me llevaban allá abajo, al borde del riachuelo.

—¡Basta!—repetía, aspirando el balsámico aroma de un bosque de pinos. La frescura de la noche daba á su aroma una intensidad y un sabor desusados.—¡Basta!, dije una vez más, después de sentarme en el ribazo cubierto de musgo que domina á plomo al río, y mirando sus aguas oscuras y lentas, sobre las cuales alzaba un juncal sus tallos de un verde pálido.

—¡Es bastante! Basta de agitarse, basta de abandonarse, ya es tiempo de recogerse; ya es hora de agarrarse la cabeza con ambas manos y decirle al corazón: ¡Cállate!

Basta de mecerse en la dulce molición de las sensaciones vagas, pero deliciosas; basta de correr en pos de cada nueva imagen de la belleza; basta de querer contar el menor latido de sus tenues alas.

¡Todo lo he probado, todo lo he sen-

tido tantas veces!... Estoy rendido de fatiga.

¿Qué me importa que en este mismo instante se despliegue el crepúsculo cada vez más rojo, cada vez más amplio en el cielo, cual si le encendiera una pasión creciente?

¿Qué me importa que á dos pasos de mí, en medio de la quietud y la turbadora languidez del día que expira, en la espesura del inmóvil matutinal húmedo de rocío, se revele un ruiseñor con sonidos hechiceros, como si antes de él no hubiese ruiseñores y como si fuera él quien primero hubiese endechado el primer canto del amor primero?

Sí, todo ha sido; todo ha sido ya; todo se repite mil veces. Y cuando digo para mí que todo seguirá lo mismo durante la eternidad, cual si lo hubiese ordenado una ley, un edicto... ¡entonces, me sublevo!... ¡Sí, me sublevo!

IV

¡Ay, me he vuelto viejo! Antes no se me hubiesen ocurrido tales ideas; en otro tiempo, en los días felices en que yo mismo me enardecía como la aurora y cantaba cual el ruiseñor.

Preciso es confesármelo: todo se ha entenebrecido en torno mío; la vida entera ha perdido sus colores. La luz que presta á los objetos color, relieve, energía, esa luz que irradia del corazón humano, se ha extinguido en mí. No, no está extinta aún, pero arde con trabajo oculta entre ceniza, sin fulgores ni calor.

Recuerdo que una tarde, al anoche-
cer, me aproximé en Moscú al enre-
jado ventanal de una vetusta iglesia y
apoyé la frente en el tosco ladrillo.

Reinaban las tinieblas bajo las bóve-
das, una lámpara olvidada ardía ape-
nas con tenue llama rojiza ante la
imagen ahumada; sólo se veían con-
fusamente en la oscuridad los labios
del santo, labios severos y tristes; té-
tricas tinieblas entraban por todas
partes, y parecían querer aplastar con
su mole abrumadora el débil rayo de
luz impotente...

En mi corazón siento arder á todas
horas esa misma luz, y entrar aque-
llas mismas tinieblas.

V

Escribo todo esto para ti; para ti,
mi única, mi inolvidable amiga; para
ti, amiga querida, á quien he dejado
de ver para siempre, pero á quien no
cesaré de amar hasta mi postrer sus-
piro.

¡Ay! tú sabes lo que nos ha separado. Pero no quiero renovar ahora esas memorias... Te abandoné...; pero en este instante, en este sitio, en este lugar muerto, en este destierro, tan lejos de ti, estoy en ti embebecido por completo. Como antaño, estoy en tu poder; como en otros tiempos, siento el dulce peso de tu mano sobre mi cabeza inclinada.

Por última vez me levanto del mudo sepulcro donde ahora estoy sumido, y echo una mirada lleno de emoción y de ternura á mi pasado, á todo nuestro pasado...

Ya no tengo esperanza, ni volveré á encontrarla nunca. Verdad es que también ha pasado la amargura de los recuerdos pesarosos; mis gratas memorias álzanse como las imágenes de los dioses desaparecidos, más claras que el azul del cielo, más puras que la nieve en las crestas de las montañas... No surgen en montón, en

prietas filas; pasan una por una, como esas veladas formas de la *theoria* ateniense... ¿te acuerdas?... la contemplamos juntos en los bajorrelieves del Vaticano.

VI

He hablado de aquella luz que irradiaba del corazón humano y alumbraba cuanto la rodea. Quiero conversar contigo acerca del tiempo en que ardía también dentro de mi corazón esa luz bendita.

Escucha... Creo verte aquí, sentada á mi lado; me miras con ojos que acarician, severos á fuerza de estar atentos.

¡Ojos inolvidables! ¿A quién miráis? ¿A dónde miráis hoy? ¿Quién bebe con su alma vuestro mirar, esas miradas que parecen subir de una profundidad

desconocida, cual esas fuentes misteriosas, que sucesivamente claras y oscuras como vosotras, manan en el fondo de los estrechos valles, del seno de las peñas?

Atiende...

VII

Era á fines del mes de Marzo, antes de la fiesta de la Anunciación; acababa de verte por vez primera: sin sospechar aún lo que serías para mí algún día, te llevaba dentro de mi corazón, en secreto, en silencio.

Tenía que atravesar uno de los más grandes ríos de Rusia. El hielo encaenábalo aún, pero estaba ya aborregado y sin lustre; era el cuarto día del deshielo. Fundiase la nieve en las orillas, á la vez, con lentitud; por todas

partes chorreaba el agua; por el húmedo aire pasaba un viento silencioso. Un mismo blanco lechoso igual cubría la tierra y el cielo; no había niebla ni sol; ningún objeto se destacaba sobre la uniforme blancura; todas las cosas parecían á la vez próximas y confusas.

Me había apeado del coche y marchaba con rapidez sobre el hielo del río; no oía más que el ruido sordo de mis pies; avanzaba envuelto, embriagado por el primer aliento de la nueva primavera... y poco á poco, á cada uno de mis pasos, á medida que devoraba el espacio, alzabase y crecía dentro de mí una turbación inconsciente y regocijada... Ese estremecimiento redoblaba, apresuraba mi carrera; el ímpetu que me impelia era tan poderoso, que al fin me detuve á mirar en torno mío y buscar la causa de mi exaltación en lo que me circundaba... Todo estaba tranquilo, blanco; todo

dormía. Levanté los ojos: arriba, en el cielo, cerníase una bandada de aves emigrantes... «¡La primavera; salve, primavera!—exclamé con voz fuerte. —¡Salud, vida, amor y felicidad!» Y en el mismo instante despleglóse en mi tu imagen de pronto y con dulce violencia, semejante á una flor de *cactus*; desplegóse y resplandeció luminosa y bella. Entonces comprendí que te amo, á ti sola, y que estoy lleno de ti...

VIII

Pienso en ti, y renacen otros recuerdos, se desarrollan otros cuadros, y en todos ellos te encuentro; te encuentro en todos los caminos de mi vida.

Ahora veo un antiguo jardín en Rusia, en la pendiente de un collazo; los

últimos rayos de un sol de estío lo iluminan. A través de los plateados álamos blancos se destaca la techumbre de la casa señorial; de la chimenea salen vedijas de humo bermejo. Acaba de abrirse una puertecilla en el cercado; diríase que cede á la presión de una mano indecisa. Allá estoy yo, á la espera; contemplo la puertecilla, la fina arena de la alameda rastrillada. Estoy absorto, enternecido; todo lo que veo me parece nuevo y extraordinario; todo envuelto en un misterio dulce y tierno. Y otra vez me parece oír el rumor de pasos rápidos, y me quedo inmóvil, y me siento ligero como un ave que acaba de replegar las alas, pronta á alzar otra vez el vuelo. Mi corazón arde y tiembla con un temor alegre al acercarse la dicha que sale volando á mi encuentro...

IX

Ahora estoy en una vieja catedral, en medio de un país lejano y hermoso.

El pueblo se arrodilla en filas apretadas; y desde lo alto de la bóveda elevada y desnuda, á lo largo de los pilares de nervios entrecruzados, baja un recogimiento grave y triste, un escalofrío de plegaria.

Tú estás junto á mí, sin voz, é indiferente cual si fueses un extraña para mí; los pliegues de tu oscuro manto cuelgan rígidos y parecen esculpidos; y los cálidos reflejos de las vidrieras de colores permanecen inmóviles á tus pies en las losas encendidas.

Suelta el órgano el sonido de sus veces, con una onda pesada y sonora que sacude el aire cargada de incien-

so y vibra hondamente en todos nosotros.

De pronto palideces y te enderezas; tu mirada pasa rozándome y sigue elevándose, hacia arriba, lo más arriba posible. Paréceme que sólo mi alma inmortal puede mirar así y con aquellos ojos.

X

Luego se presenta otro cuadro ante mi vista. Ya no nos aplasta la magnificencia rígida de una vieja catedral. Los muros bajos de una cómoda estancia nos separan del mundo entero.

¿Qué digo? Estamos solos, á solas en todo el universo: fuera de nosotros nada hay vivo en la tierra: más allá de esas paredes que nos abrazan, no hay más que tinieblas, muerte y vacío.

No es el viento que ruge, no es la lluvia que cae: es el caos que se queja y solloza, son sus ciegos ojos que derraman lágrimas.

Y entre nosotros todo es sosiego, claridad, calor y dulzura; algo regocijado é inocente como la infancia reina en torno nuestro. Diríase... ¿no es así?... que una mariposa revolotea sobre nuestras cabezas... Entonces, estrechándonos uno contra otro, se apoyó tu frente en mi cabeza, y juntos hojeamos un libro hermoso; aún siento el latir de tu delicada arteria sobre mi sien; oigo palpar tu vida y tú oyes la mía; tu sonrisa nace en mi rostro antes de iluminar el tuyo; respondes sin proferir una palabra á mi muda pregunta; tus pensamientos son los míos, ciérranse juntos como las dos alas de una misma ave anegada en lo azul del cielo.—Caen las últimas barreras.—Nuestro amor se apacigua, se recoge en sí mismo tan hon-

damente, que se borra toda separación... no más palabras... no más miradas...

¡No! Nada más que respirar juntos, vivir juntos, estar juntos... y no tener ni siquiera conciencia de que estamos juntos.

XI

También recuerdo una clara mañana de Setiembre. Paseábamos por una terraza desierta, entre arriates en flor, en un castillo abandonado, á orillas de un gran río, en el extranjero, á la suave claridad de un cielo sin nubes.

¡Oh, cómo, de qué manera retratar nuestras impresiones!

El río corriendo sin fin; aquella soledad, aquella paz, aquella alegría y aquella tristeza embriagadora que nos

inundaban—la palpitación de la dicha; —á lo lejos una ciudad desconocida con uniformes techumbres, el grito de otoño que exhalan las cornejas en las altas copas de los árboles—y entre aquel silencio, frases cariñosas, sonrisas, largas miradas lánguidas que penetraban hasta el fondo de nuestro ser, —y la belleza, la belleza dentro y fuera de nosotros... ¡esto es demasiado para palabras humanas!

¡Banco donde permanecemos silenciosos con la cabeza inclinada bajo el peso de sentimientos tumultuarios y desbordados, jamás te olvidaré, hasta la hora de la muerte!

¡Cuán lleno de encantos estaba todo en derredor nuestro, el rápido saludo de los raros transeuntes, y las barcas apacibles que bogaban delante de nosotros!... ¿Te acuerdas? En una de aquellas barcas iba un caballo, mirando cabizbajo el agua que corría á sus pies. El pequeño oleaje lamía la ribe-

ra con un parloteo infantil, y el agua nos traía de lejos los ladridos de un perro; cerca de nosotros un sargento gordo mandaba el ejercicio de unos reclutas de rojas mejillas, con los brazos separados del cuerpo y un pie en el aire como las grullas...

Sentíamos los dos que aquel momento era único, que el mundo no podía darnos nada más, que todo lo restante... toda comparación sería harto débil... ¡Basta!... ¡Ay, basta!... ¡Sí, es bastante!...

Me he dejado llevar por última vez de esos recuerdos, y les digo adiós para siempre.

Así, un avaro, después de contemplar otra vez todo su bien, su oro preciado, su reluciente tesoro, lo sepulta en la tierra húmeda y gris. Así, la mecha de una lámpara consumida refulge con nueva luz, antes de cubrirse de frías cenizas.

El ruín animal admira por última

vez desde su agujero la hierba aterciopelada, el dulce sol, las aguas azules y murmuradoras, antes de agazaparse en el fondo, de enroscarse y de quedarse dormido. ¿Verá en sus ensueños el sol, la verde hierba, las aguas azules y murmuradoras?

.....

XII

El destino conduce á cada uno de nosotros duramente y con indiferencia. Sólo que en los comienzos de la vida, preocupados por todo género de sucesos fútiles, por cosas insensatas y por nosotros mismos, no sentimos el peso de su mano abrumadora.

En tanto que subsisten nuestras ilusiones, en tanto que no conocemos la verdad, podemos vivir y no nos avergüenza el esperar. ¡La verdad!... Aun

la verdad incompleta—nunca podemos aspirar á la verdad absoluta,—esa misma partícula de verdad que es accesible para nosotros, en cuanto la poseemos y nos cierra la boca, nos ata de manos y nos conduce á la negación.

Entonces, ya no le queda al hombre sino un medio de sostenerse en pie, de no caer hecho polvo, de no hundirse en el fango del olvido de sí mismo, del desprecio de sí mismo... y es, apartarse de todo, y decir: «¡Basta!»; y cruzando los brazos impotentes ante el pecho vacío, conservar la sola y única cosa accesible para él: la dignidad, la dignidad que es la conciencia de la dignidad propia. En esta dignidad pensaba Pascal cuando, al llamar al hombre «una caña pensadora», dice que aunque el universo la aplastase, esa caña sería aún más grande que el universo, porque sabe que la naturaleza la aplasta y la naturaleza no lo sabe.

¡Oh dignidad impotente! ¡Triste consuelo!... Por más trabajo que te tomes para penetrarte de él, para creer en él—¡oh, tú, cualquiera que seas, mi compañero de fatigas!—no te librarás de la terrible verdad revelada por el poeta :

« ¡La vida es una sombra
que al aire se disipa;
un pobre actor que suda,
á costa de fatigas,
un rato en el proscenio
y á quien después olvidan!
Es un ensueño vano
de un hombre que delira,
enfático y sonoro
¡y nada significa!»

Estos versos evocan ante mí á las hechiceras de Macbeth; veo esas apariciones, esos fantasmas siniestros.

¡Ay! Lo terrible no son esos fantasmas, esos poderes fantásticos y subterráneos. Lo terrible es que no hay nada verdaderamente terrible, es que

la vida no puede ser menos interesante y que es insípida en grado soberano.

Cuando esta idea ha penetrado en la conciencia, ya no hay miel para quien ha saboreado ese ajeno. Y hasta la más grande de las felicidades, la dicha del amor, la necesidad de una fusión completa, de una abnegación sin recíproca, ese amor supremo pierde todo su encanto, todo su valor, se hunde en su propia pequeñez, se destruye por su misma brevedad.

¡Ah! Sí. El hombre ama, se enardece, comienza á silabear el cántico de la ventura eterna, de los goces inmortales; y viene á parar en que no queda nada de eso; desde hace mucho tiempo ha desaparecido el último vestigio del gusano que ha devorado el último residuo de su lengua desecada.

Así, en primavera, un día de hielos tardíos, cuando todo está sin vida y mudo bajo la hierba escarchada, en la linde de un bosque sin hojas, no tiene

el sol más que atravesar un momento las brumas y fijar sus encendidos ojos en la tierra adormecida, para que inmediatamente suban del suelo las efímeras, y se eleven por los aires, y vuelvan á bajar, y giren en alegres torbellinos... Pero que desaparezca el sol, y las efímeras caen en lluvia menuda; concluyóse su vida de un día.

XIII

Pero, ¿no hay grandes ideas, grandes palabras consoladoras: democracia, justicia, libertad, humanidad, arte?

Sí, existen esas palabras y muchos hombres viven por ellas. Sin embargo, no dudo de que si Shakespeare renaciese en nuestros días, no encontraría un rasgo que retocar de su *Hamlet* ó de su *Rey Lear*.

Su penetrante vista no hubiera descubierto nada nuevo en la vida humana; el mismo cuadro muy poco complicado desglegariase ante él con una monotonía que desespera; hallaría la misma credulidad y la misma crueldad, la misma sed de sangre, de oro, de fango, los mismos placeres vulgares, los mismos sufrimientos insensatos. ¿Y en nombre de qué?... ¡Pues bien! En nombre de aquella brutalidad humana que Aristófanes había puesto en ridículo hace ya dos mil años. Encontraría los mismos cebos groseros con los cuales se deja coger siempre tan fácilmente la bestia de cien cabezas, la muchedumbre; las mismas exigencias del poder, los mismos hábitos serviles del pueblo, el mismo reinado de la mentira; en una palabra, siempre los saltos inquietos de la ardilla que gira sin cesar dentro de la misma rueda, que no se renueva jamás.

Shakespeare haría de nuevo repetir al rey Lear esta amarga frase: «No hay culpables»—lo cual significa: «No hay justos.»—También Shakespeare diría: «¡Basta!», y también se apartaría.

No habría más que una diferencia: después de su trágico y sombrío *Ricardo III*, el gran poeta querría pintar otro tipo de tirano que tenga confianza en su propia virtud, que duerma toda la noche con el sueño del justo, ó se queje por la mañana de haber comido demasiado bien la vispera; al paso que en el mismo instante sus víctimas semiplastadas se esfuerzan en consolarse representándose, como Ricardo III roído por los remordimientos y visitado con frecuencia por los espectros de los hombres á quienes ha hecho morir.

Pero, ¿de qué sirven estas reflexiones? ¿Para qué vale querer probar—tomándose el trabajo de elegir y pesar

las palabras, de redondear y pulir las frases;—para qué vale probar á las efímeras que son efímeras?

XIV

Pero, ¿y el arte?... ¿Y la belleza?... Estas sí que son palabras poderosas, más fuertes que las recordadas hasta aquí.

Para mí, la Venus de Milo es más indiscutible que el derecho romano ó los principios del 89.

Se me replicará—¡cuántas veces he oído formular esta objeción!—que la belleza misma es un hecho condicional, que el chino la comprende de otra manera que el europeo.

Pero lo que hay de relativo en el arte no es lo que me asusta, sino su fragilidad. Sí, su fragilidad; se rompe, se hace polvo; he ahí lo que me quita el valor y la fe.

A mi parecer, el arte es, en un momento dado, más poderoso que la naturaleza misma. La naturaleza no nos dará una sinfonía de Beethoven, ni un cuadro de Ruisdaël, ni el *Fausto* de Goethe. Sólo necios, pedantes ó retóricos sin buena fe, pueden sostener aún que el arte es la imitación de la naturaleza.

Pero, en último término, la naturaleza es invencible. Más pronto ó más tarde, siempre triunfa. La naturaleza inconsciente está sometida á leyes fatales, no conoce el arte, como no conoce la libertad, como ignora el bien.

Siempre en movimiento y desde tiempo inmemorial, cambia sin cesar, y sus transformaciones no producen nada inmutable.

El hombre es su hijo; pero todo lo que proviene del hombre, todo lo artificial, es hostil para ella, porque se esfuerza por ser inmutable y eterna.

El hombre es hijo de la naturaleza,

pero ésta es la *madre universal*, no tiene preferencias; todo cuanto existe en su seno ha nacido á expensas de otro y debe ceder su puesto á otro; crea destruyendo, y permanece tan indiferente por lo que ha creado como por lo que ha destruido; no pide más que una cosa, que la vida circule sin cesar y que la muerte siempre tenga su presa. Por eso, con la misma impasibilidad tiende el moho de la podredumbre sobre la divina faz del Júpiter de Fidias como sobre un simple guijarro, y entrega como pasto á la carcoma los preciosos caracteres trazados por Sófocles.

Es cierto que los hombres la ayudan con celo en su trabajo de destrucción. Pero ¿no es el mismo elemento, la misma fuerza de la naturaleza lo que encontramos en la maza del bárbaro que rompía, ¡insensato!, la frente radiante de Apolo, y en los rugidos de bestias feroces con que los bárbaros

arrojaban al fuego los cuadros de Apeles?

¿Cómo podríamos nosotros, ¡infelices hombres, desventurados artistas!, combatir esas fuerzas sordomudas y ciegas de nacimiento, que no se detienen ni siquiera para celebrar sus victorias, y marchan, marchan adelante, tragándose todo por donde pasan?

¿Cómo podríamos sostenernos en pie y resistir esas olas pesadas, brutales, que nos azotan sin fin y sin descanso?

¿Cómo creer en el valor y en la utilidad de esas imágenes frágiles que modelamos con polvo, á oscuras, al borde del abismo y por un instante?

XV

Sí, es cierto, es muy cierto... Y, sin embargo, «sólo es bello lo que pasa».

ha dicho Schiller. Y la naturaleza misma, en el continuo juego de sus fuerzas que nacen y desaparecen, no evita la belleza.

¿No es ella quien adorna con esmero las más efímeras de sus criaturas, los pétalos de las flores, las alas de las mariposas? ¿No es ella quien les da contornos tan suaves, colores tan brillantes?

La belleza no necesita durar siempre para ser eterna; le basta existir un instante.

Sí, no cabe duda. ¡Pero, allí donde la individualidad no existe, no hay hombre, no hay libertad!

El ala marchita de una mariposa renace dentro de mil años, y es la misma ala y la misma mariposa; aquí vemos á la necesidad cumplir su tarea de dar la vuelta, con una regularidad rígida é impersonal... Pero el hombre no se repite como la mariposa; y una vez destruidos el trabajo de

sus manos, sus obras de arte, su creación libre, perece para siempre.

Sólo el hombre ha recibido el poder de «crear», pero es doloroso confesarlo: creamos obras que duran una hora, como aquel califa que fué electo sólo para una hora.

Ahí está nuestra superioridad y nuestra maldición. Cada uno de esos infimos creadores es él y no otro; diríase que su *yo* está determinado de antemano, y que cada uno está más ó menos poseído del valor de ese *yo*, y presiente que vive y tiene que vivir en el espacio de un instante y para un instante.

¡Permanece mísero en el fango y aspira al cielo!

Los más grandes entre nosotros son aquellos que reconocen y sienten más profundamente esta radical contradicción. Entonces pregúntase uno: «¿Pueden emplearse estas expresiones de *los más grandes*, ni siquiera de *los grandes*?

XVI

¿Y qué diremos de aquellos á quienes no se les puede llamar «grandes» ni aun en el restringido significado que da á esta palabra el débil lenguaje del hombre?

¿Qué decir de los trabajadores ordinarios, como se ven á docenas, los de segundo y tercer orden, sean hombres de Estado, sabios ó artistas, sobre todo artistas?

¿Cómo hacerles sacudir su estéril pereza, su triste irresolución; cómo arrastrarles de nuevo al campo de batalla, si el sentimiento de la vanidad de todas las cosas humanas, de toda acción que tenga un objetivo más alto que el pan cotidiano ha penetrado una vez en su cerebro?

¿Qué coronas podrán seducir á aque-

llos para quienes el laurel y las espigas son indiferentes en igual grado?

¿Por qué se expondrían á las risas de «la fría multitud» ó «al fallo de los imbéciles»—del viejo imbécil que no puede perdonarles el haberse apartado de los antiguos ídolos,—del joven imbécil que exige que se pongan de rodillas como él y que se prosternen ante los ídolos nuevos que acaban de inventar?

¿Por qué habían de ir otra vez á ese mercado de fantasmas, á esa feria donde vendedor y comprador se engañan mutuamente, donde todo es zangata y barullo, donde todo es mezuino, donde todo es feo?

¿Por qué debilitados hasta la médula de los huesos, acudirían de nuevo á ese mundo donde los pueblos, como los chiquillos de los labriegos en día de fiesta, se revuelcan en barro para conquistar un puñado de nueces vanas, ó contemplan, con la boca

abierta de admiración, imágenes groseramente pintarrajeadas?

¡Sí! ¿Por qué se quedarían en este mundo, donde sólo subsiste lo que no tiene derecho á la vida y donde cada cual, aturdiéndose á sí mismo con sus propios gritos, se apresura convulsivamente hacia una meta desconocida é incomprensible?

No... ¡No!... Basta... ¡Basta!...
¡¡Basta!!...

XVII

The rest is silence.

.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO REYES"
SAN MONTERREY, MEXICO